



EL FUTURO DE LA ECONOMÍA INTERNACIONAL

Jaime Requeijo González

UNED e IEB

RESUMEN

El trabajo sobre el futuro de la economía internacional pretende, de un lado, hacer hincapié en la dificultad de efectuar una prognosis a largo plazo, dada la crisis que afecta a la mayor parte de las economías; y, del otro, señalar que existen tendencias que, probablemente, se mantendrán a lo largo de los años e irán configurando una economía mundial diferente a la que hoy conocemos. No es fácil que la lucha por las fuentes energéticas vaya a desaparecer en un futuro próximo, no parece que el crecimiento de los grandes países asiáticos vaya a frenarse, aunque su ritmo disminuya; los flujos migratorios difícilmente se reducirán, en un mundo de rentas muy dispares, y la evolución demográfica, caracterizada en casi todas partes, por la caída de las tasas de fertilidad y el aumento de la esperanza de vida, irá perfilando, también en todas partes, un mundo de ancianos y, sobre todo, de ancianas.

ABSTRACT

The article on the future of the world economy aims at stressing, on the one hand, the difficult task of making out a reasonable long term prognosis, in so far as the present crisis is permeating most of the economies; and, on the other hand, bringing to the fore the trends that, most probably, will transform the world economy we know so far. The fight for energy sources is going to stay for a long time; the asiatic region, specially its larger economies, will keep growing, though at a slower pace; migrants will continue to flow into the rich countries, due mainly to the disparities of wealth; and the world population will continue to age fast since fertility rates are falling and life expectancy is increasing. A world of very old people, and specially of very old ladies, of methuselahs in short, is just in front of us.

1. Advertencias previas

Predecir el futuro es, siempre, tarea complicada; predecirlo para el conjunto de los países que configuran la economía mundial aumenta, sin duda, la complicación; y hacerlo en medio de una crisis internacional que emborrona realidades y expectativas constituye un ejercicio de prognosis lleno de «sis» y «peros». De ahí que, antes de evaluar algunas de las tendencias que se advierten en el mundo económico y que, con el paso del tiempo, lo modificarán de manera sustancial, sea preciso hacer referencia a dos grandes incertidumbres que pueden alterar, notablemente, el contenido del análisis. La primera incertidumbre se refiere al modelo económico que, en muchos países OCDE, puede asentarse a consecuencia de las grandes turbulencias actuales; la segunda, al impacto de la tecnología.

Tras ponderar esas dos incertidumbres, lo que nos proponemos es examinar las grandes líneas de tendencia que, a nuestro entender, se mantendrán, siempre que no queden bloqueadas o alteradas por el resultado final de esas dos incertidumbres. Se trata del auge económico de la zona asiática, de la lucha por la energía, de la permanencia de los flujos migratorios y del envejecimiento generalizado de la población mundial.

2. ¿Qué modelo económico aparecerá tras la crisis?

Desde principios de los años noventa, y tras la caída del muro de Berlín y el derrumbamiento de la Unión Soviética, el modelo económico seguido por la mayoría de los países, con algunas excepciones, se basaba en mercados abiertos, insertos en un mundo globalizado, y en la libertad de movimientos de capital. Y pese a la aparición de algunas turbulencias importantes, como la crisis asiática iniciada en 1997, el crecimiento de la economía mundial se mantuvo a un ritmo medio del 3,56% interanual, de 1991 a 2007, con una elevación apreciable en los últimos cuatro años del período. Y no sólo eso: la expansión se fue generalizando por todas las regiones, en especial por las denominadas economías emergentes¹. Parecía, por tanto, que el modelo podía permitir un crecimiento casi continuado del producto y la renta a escala global.

La ilusión se ha venido abajo con la crisis financiera iniciada en 2007 en los Estados Unidos y transmitida, *urbi et orbi*, en 2008, crisis que ha desvelado, además, múltiples debilidades de los sectores reales y que ha dado lugar a una recesión generalizada del bloque OCDE y a caídas del crecimiento de China e India, las economías más dinámicas hasta esa fecha.

Esa recesión generalizada se ha traducido en un incremento sustancial, y continuado, de las tasas de desempleo. En concreto, y para los países OCDE, la tasa se situaba en el 7,8% en abril del presente año; 2,2 puntos por encima de la registrada en el mismo mes del año anterior².

Para tratar de evitar que las actuales turbulencias alcancen niveles socialmente insostenibles, los gobiernos de los más diferentes países, empezando por el norteamericano, han arbitrado toda una panoplia de medidas destinadas a salvaguardar los sistemas financieros y algunas de las empresas del sector real más amenazadas por la recesión. Han inyectado, para ello, dinero público tanto en intermediarios financieros como en grandes empresas del sector no financiero —en especial en el sector de la fabricación de automóviles, aquejado ya, desde hace tiempo, de un exceso de capacidad a escala global—, los bancos centrales de los principales países practican una política de dinero barato y, en el plano internacional, se refuerza el papel del Fondo Monetario Internacional, en tanto que gestor de crisis y, sobre todo, de supervisor de la estabilidad financiera mundial; y todo ello con miras a recuperar cuanto antes la capacidad de crecimiento de los países en recesión y a mantener abiertos los mercados, por entender que las recetas proteccionistas no servirían para nada y no harían sino acentuar la crisis³.

Las críticas al modelo liberal, de influencia norteamericana, no son nuevas y han sido repetidas una y otra vez; y no por pensadores marxistas —para los cuales el capitalismo sigue siendo anatema— sino por una serie de economistas, norteamericanos muchos de ellos, que han volcado sus iras contra los excesos del modelo y su exaltación del beneficio. Sirva de ejemplo el siguiente párrafo:

¹ Fondo Monetario Internacional (FMI) (2009a).

² Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (2009).

³ Grupo de los Veinte (G-20) (2009).



«El capitalismo ha triunfado y no sólo como ideología. La estructura de la economía americana –y la de la mayor parte del mundo– se ha volcado hacia la creación de mercados competidos. Por tanto, el poder se ha dejado en manos de consumidores e inversores.

»Al mismo tiempo los aspectos democráticos del capitalismo se han difuminado. Las instituciones que se ocupaban, vía negociaciones formales o informales, de distribuir la riqueza, mantener el empleo, dar solución a los problemas de la vida comunal y crear reglas de juego equitativas –oligopolios gigantescos, grandes sindicatos, agencias reguladoras y legisladores atentos a las necesidades de la vida comunal– han quedado eclipsadas... El capitalismo democrático ha sido sustituido por el supercapitalismo⁴».

Para Stiglitz, acostumbrado a vapulear el modelo norteamericano, las razones son simples: el mundo ya no se ilusiona con el tipo de capitalismo que le vuelve la espalda a los países más pobres:

«A los críticos del tipo licencioso de capitalismo americano les hemos facilitado abundante munición para que puedan predicar una filosofía totalmente contraria al mercado», dirá; y seguirá diciendo: «Y continuamos dándole más munición»⁵.

¿Cuáles son, en suma, los rasgos distintivos de esta crisis? A nuestro entender, la gran perturbación actual se origina por el pinchazo de tres burbujas: la burbuja del riesgo, la burbuja del comportamiento irresponsable y la burbuja de la confianza.

Poco a poco, y en determinados ámbitos de la intermediación financiera, se había llegado a la conclusión de que el riesgo era calculable, a través de los modelos VAR y asimilados, y que, en consecuencia, se podía minimizar. Y más aún si se trasladaba y dispersaba, por medio de la titulización. Y aún más si se hacía uso de derivados. Creencias todas ellas que llevaron, en primer lugar, al festín de las hipotecas basura: toda una serie de instituciones norteamericanas otorgaron créditos hipotecarios, a largo plazo e interés variable, a una serie de personas que difícilmente podrían amortizar esos créditos, en las condiciones prevalecientes cuando los recibieron, y que no podrían hacerlo si el interés se incrementaba. Gran parte de esos créditos se convirtieron en títulos, los títulos se vendieron por todo el mundo y a instituciones muy variadas –desde fondos de inversión a instituciones de caridad– y nada sucedió durante algunos años. Hasta que, en 2006, la Reserva Federal endureció la política monetaria y los incumplimientos se sucedieron en cadena. Por aplicación de la norma *mark to market*, de alcance internacional, los títulos que no se podían vender –reacción primera de sus tenedores– no tenían valor, lo que suponía para muchas instituciones la descapitalización súbita y la amenaza de quiebra. Habían nacido los «activos tóxicos» de los que todos huían. La gran inquietud financiera se acentuó aún más por la otra vía ya señalada: el juego de los derivados, utilizados no sólo para cubrir riesgos sino también para especular. Siempre que, naturalmente, no se trastornen los activos que sirven de subyacentes porque entonces las pérdidas se acumulan en lugar de diluirse. La gran burbuja del riesgo terminó por estallar y lo hizo atravesando fronteras.

⁴ Reich (2007).

⁵ Stiglitz (2009).

Varios son los comportamientos irresponsables. El primero de ellos es atribuible a la Reserva Federal que mantuvo, de 2002 a 2006, tipos de interés básicos muy reducidos, conducentes a todo tipo de excesos, tanto en el mercado inmobiliario como en el mobiliario. La tendencia fue, además, seguida por el Banco Central Europeo y durante el mismo lapso de tiempo, y con muy parecidas consecuencias. El segundo concierne a muchos de los directivos de las instituciones financieras, norteamericanas y europeas, ante todo, por cuanto la obsesión por los beneficios rápidos, generadores de bonos muy sustanciales y de compensaciones astronómicas, les hizo rebasar, en cuantiosas ocasiones, los límites de la prudencia y, en no pocos casos, los límites de la decencia. Enriquecerse no es un objetivo reprochable pero hacerlo poniendo en peligro la solvencia de las instituciones que dirigen sí lo es. El tercero se refiere a las agencias de calificación, las que valoran la calidad de los títulos negociados en los mercados. Esas agencias internacionales, de nombres conocidos –Moody’s, Standard & Poor, etc.– otorgaron la máxima calificación a los títulos respaldados por hipotecas (*Mortgage-Backed Securities* o MBO en la terminología inglesa), lo cual permitió su venta masiva por todos los confines de los mercados financieros. El cuarto incluye los organismos supervisores de los mercados de valores, encabezados por la *Securities and Exchange Commission* norteamericana, organismos puntillosos donde los haya en lo que se refiere a los aspectos burocráticos de salida a bolsa y negociación pero que, en este caso, no supieron anticipar los peligros que los MBO incorporaban.

La tercera burbuja es la de la confianza, la médula de la actividad financiera. Adquirimos un producto financiero porque su rentabilidad nos atrae y porque no abrigamos dudas respecto del emisor, de su posible venta en mercados secundarios o de la recuperación del principal. Los intermediarios financieros prestan dinero a los solicitantes porque suponen que no habrá impagados o que, en todo caso, la morosidad no rebasará determinados límites. Y prestan dinero a otros intermediarios, y en cifras muy voluminosas, porque no dudan de su solvencia. El escenario descrito corresponde, por supuesto, a situaciones de normalidad de los mercados. En momentos críticos la confianza salta en pedazos y perturba, hasta límites insospechados, el funcionamiento de los mercados financieros. Nadie adquiere productos financieros y, además, trata de recuperar el dinero que tiene depositado, bajo una forma u otra, en las entidades de depósito; esas mismas entidades miran con lupa a los peticionarios de crédito y, en muchos casos, niegan nuevos créditos a clientes tradicionales y nada sospechosos; los intermediarios no se fian unos de otros, con lo cual el mercado interbancario queda trabado y acentúa la crisis de liquidez.

El problema es que la opinión pública no interpreta la crisis de esa forma. Para buena parte de la opinión pública de muchos países, desarrollados, emergentes o subdesarrollados, lo que ha sucedido es fruto de la inmensa avaricia de unos pocos y de la inestabilidad inherente al capitalismo. Dos caras, además, del mismo fenómeno. Ni que decir tiene que la repercusión del timo a gran escala de Madoff, o del más reciente de Stanford, refuerza esa idea.

Descartada la posibilidad de instaurar economías de dirección centralizada –el experimento soviético ilusiona a muy pocos– el debate ideológico tradicional resurge de nuevo: ¿cómo



combinar eficiencia y libertad: con mercados libres o con mercados intervenidos⁶? En realidad la pregunta debería formularse de otra forma en las economías occidentales, basadas todas ellas en la presencia muy amplia del sector público. Se trataría de saber si se puede superar la crisis sin acentuar la intervención de los mercados o si, por el contrario, hay que intervenirlos profundamente.

En el trasfondo de esa polémica late, por otro lado, una realidad palpable: que los gobiernos han inyectado dinero público por doquier tanto en las empresas del sector financiero como en las del sector real. Es decir han utilizado dinero del contribuyente para dar solución a problemas privados. La reflexión es obvia: si para reparar los daños generados por el sector privado hay que utilizar el dinero de todos, ¿qué sentido tiene dejar en manos privadas la gestión de los problemas que esas mismas manos han desencadenado? ¿No resultaría más lógico, y sobre todo más seguro, nacionalizar todas las empresas que han recibido esas ayudas?

Por el momento la polémica se mantiene en el plano teórico y las declaraciones de los gobiernos insisten en la necesidad de no intervenir los mercados, de no dejarse convencer por el nacionalismo económico –léase proteccionismo– y de actuar coordinadamente, en el ámbito internacional, para mantener abiertas las fronteras económicas. Pero no olvidemos que las declaraciones enfáticas de los responsables políticos de las democracias –y de las democracias occidentales estamos hablando– deben ser interpretadas con la máxima cautela porque si las corrientes de opinión se mueven en otra dirección –y las opiniones son votos– las declaraciones y las políticas aplicadas varían.

De prevalecer, en algún momento, la apuesta por la intervención de las economías, y por la ultrarregulación internacional de los mercados financieros, la trayectoria de la economía internacional variaría sustancialmente. Toda intervención conduce, irremediablemente a la protección exterior ya que, de lo contrario, quedaría esterilizada; toda intervención debilita el ritmo de crecimiento, a medio y largo plazo, porque la asignación de recursos responde mucho más a los deseos del poder político que al pulso de los mercados; toda protección exterior desencadena retorsiones y aumento de la protección en los demás países; pretender regular, al máximo, la acción de los mercados financieros para asegurar su estabilidad resultaría tarea vana porque esos mercados están tan unidos que las regulaciones serían sorteadas. Mejor es, por tanto, pensar, como hace Lipsky, del Fondo Monetario Internacional, que el mundo que emane de la crisis se caracterizará por más multilateralismo, más coordinación y una más eficaz regulación del sistema financiero⁷.

Con todo, hay que pensar que la capacidad de crecimiento de muchos países va a quedar lastrada por el peso de la deuda pública, una deuda que proviene de los esfuerzos de los gobiernos por hacer frente a la crisis a través de ayudas a empresas, subsidios de desempleo y estímulos fiscales varios, al tiempo que los ingresos fiscales se reducen a consecuencia de la

⁶ Martínez (2009).

⁷ Lipsky (2009).

propia crisis. Según cálculos de los economistas del FMI, la deuda pública de los diez países más ricos aumentará desde el 78% del PIB en 2007 hasta el 114% en 2014⁸. Y toda deuda pública, recuérdese, anticipa subidas de impuestos y dificultades de financiación para el sector privado.

3. La gran revolución tecnológica que viene

El análisis económico ha destacado, siempre, la importancia de la variable tecnológica. Basten los nombres de Mill, Marx, Schumpeter, Kaldor, Solow y Lucas⁹ para refrendar la afirmación. Al fin y al cabo cada salto tecnológico ha elevado la productividad y el ritmo de crecimiento. Pensemos, por ejemplo, en la invención de las gafas, atribuida a Salvino D'Armato en la Italia del siglo XIII, y en lo que supuso para el alargamiento de la vida productiva.

Pero, hasta hace poco, el desarrollo tecnológico ha sido considerado como función discreta: de vez en cuando una nueva tecnología, de producto o proceso, modificaba la función de producción y las demandas de consumo. Sin embargo, la aceleración tecnológica transforma la función discreta en función continua, con influencia permanente sobre productores y consumidores. Si estamos a las puertas de una era caracterizada por la presencia de ordenadores inteligentes, de adelantos genéticos capaces de resolver problemas intratables hasta el momento y de materiales autotransformables, estamos a las puertas de un mundo distinto del hasta ahora conocido. Pero, además, y puesto que cada invento imprime velocidad a la aparición de muchos otros, es probable que la afirmación de Kurzweil se confirme y que, en términos de innovación, el siglo XXI abarque 20.000 años de progreso tecnológico¹⁰.

Aceptada la hipótesis, serán por lo menos tres los efectos económicos derivados de la aceleración tecnológica: dificultades para la previsión empresarial, cambio rápido de las ventajas comparativas y veloz obsolescencia del capital humano.

El éxito de una empresa radica en el adecuado conocimiento del mercado al que se dirige lo que la empresa produce. El análisis de costes, amortización incluida, y de beneficios esperados depende, en muy buena medida, de la bondad del estudio de mercado. Pensemos, entonces, en lo que puede suceder si el flujo de nuevas tecnologías modifica, con rapidez, los mercados y las demandas. La destrucción creadora de Schumpeter puede alcanzar niveles nunca vistos y obligar a las empresas a tener en cuenta no sólo el mercado presente sino, muy especialmente, los cambios inducidos por la variación tecnológica. Tarea nada fácil porque el segundo aspecto puede escapar a cualquier previsión.

⁸ *The Economist*, 13-19 de junio (2009).

⁹ Mill (1848); Marx (1844); Schumpeter (1934); Kaldor (1957); Solow (1957) y Lucas (2003).

¹⁰ Kurzweil (2001).



Fue David Ricardo el que puso de manifiesto que dos países podían obtener ventajas de su comercio mutuo aunque uno de ellos fuera capaz de producir todos los bienes objeto de transacción a menor coste que el otro¹¹. Siempre que los costes relativos de producción –coste de un bien en términos de los otros bienes– fueran distintos en cada país. De ahí nace el concepto de ventaja comparativa: se exportan los bienes o servicios que se producen a menor coste relativo y se importan aquellos en los que el coste relativo es mayor. Pese a que los modelos teóricos incorporan múltiples hipótesis simplificadores que apenas se dan en la vida real, el modelo de ventajas comparativas suele explicar bastante bien las pautas del comercio internacional: China exporta juguetes al resto del mundo e India servicios informáticos porque sus costes relativos son mucho menores que en otros países, dado que sus salarios son sustancialmente más bajos.

Ahora bien, las ventajas comparativas no son estáticas, son cambiantes o, en expresión de Bhagwati, caleidoscópicas¹². Con el tiempo se modifican por alteración de las funciones de producción o de costes, si bien, hasta ahora, esas modificaciones han sido lentas. Pero, ¿qué puede suceder si, a consecuencia de la aceleración tecnológica, las ventajas empezaran a variar con frecuencia? Imaginemos, por ejemplo, que, en cualquiera de los países occidentales que hoy importan juguetes chinos –aunque las empresas no sean todas chinas, ya que muchas del bloque OCDE se han instalado en ese país para aprovechar las diferencias de costes laborales– una nueva tecnología permite fabricar juguetes a menor coste que los chinos. Los flujos de comercio se alterarían sin duda. Y se alterarían aún más si, transcurrido un corto lapso de tiempo, otra variación tecnológica, lograda en una antigua república soviética, modificara de nuevo las ventajas comparativas. La incertidumbre se apoderaría de múltiples empresas del sector, en múltiples países, al quedar fuera de mercado, y con frecuencia, muchas empresas tradicionalmente instaladas en él. Y no hace falta gran imaginación para comprender que, por esa vía, estallarían tensiones múltiples, reproches continuados y, muy probablemente, reclamos protectores de diversa índole.

Los conocimientos de la fuerza de trabajo, adquiridos por el estudio y la experiencia –lo que denominamos el capital humano¹³– constituyen un factor productivo de primer orden. ¿Cómo funcionarían los robots si los ingenieros especializados no se ocuparan de ponerlos en funcionamiento y de corregir cualquier problema que pueda surgir en su funcionamiento! ¿Cómo se resolverían los problemas informáticos si los especialistas que los han diseñado no fueran capaces de encontrar las soluciones!

Esos conocimientos, sin embargo, presuponen alteraciones discretas de los avances técnicos, alteraciones que permitan adaptaciones no traumáticas a las variaciones. Situación que la aceleración tecnológica puede transformar, al obligar al capital humano a soportar modificaciones frecuentes y radicales que dejen sin contenido a muchos de los conocimientos adqui-

¹ Ricardo (1817).

¹² Bhagwati (1998).

¹³ Mincer (1958).

ridos. Lo cual planteará la obsolescencia de muchos de los conocimientos y, en muchos casos, la incapacidad para desempeñar los nuevos cometidos. Bajo esa óptica, las entradas y salidas de los mercados laborales se acelerarían porque la demanda de nuevos especialistas cobraría auge al tiempo que muchos de los especialistas tradicionales se quedarían sin trabajo.

Evaluar el impacto, o los impactos, de la aceleración tecnológica es punto menos que imposible pero lo que no ofrece dudas es que el futuro de la economía mundial estará muy condicionado por la variable tecnológica y que el mundo de la mitad del siglo actual diferirá notablemente, y en más de un aspecto, al que hoy conocemos.

4. El auge económico de la zona asiática

Japón constituyó el milagro económico de los años sesenta y principios de los setenta, aunque lleve años sin ser capaz de recuperar la vibración económica de ese período¹⁴. China e India son los actuales milagros económicos, dada la rapidez de su crecimiento.

Pese a todas las declaraciones oficiales y a todos los propósitos de Mao, su gran timonel, China era un país con todos los emblemas del subdesarrollo a la muerte de Mao, ocurrida en 1976. En la actualidad es, por el tamaño de su producto bruto, la cuarta economía del mundo, tras las de Estados Unidos, Japón y Alemania y lleva camino de convertirse en la segunda en un lapso no muy largo.

294

¿Qué ha ocurrido? Algo muy simple y que demuestra, a las claras, el pragmatismo de los nuevos dirigentes chinos: desde finales de los años setenta, y bajo la influencia de Den Xiaoping, el mercado se fue introduciendo paulatinamente en una parte de la economía china, concretamente en el este del país. Un mercado compatible con las ideas socialistas, una economía de mercado socialista, tal y como se decretó en 1992, lo cual ha significado, de facto y sutilezas chinas aparte, la implantación del capitalismo en toda una serie de regiones.

Como resultado de ese cambio, y de 1982 a 2007, el crecimiento interanual de la economía china, en términos reales, fue del 9,85%, lo que supuso que, en ese lapso, el tamaño de su economía se doblara cada siete años¹⁵, hasta alcanzar, en 2007, los 3,2 billones de dólares¹⁶.

¿Podrá la economía china mantener, durante muchos años, tasas de crecimiento similares? No parece probable, a nuestro entender, y no lo parece por dos razones: porque ya está muy integrada en el conjunto de la economía mundial y porque su propio devenir político está cargado de nubarrones.

¹⁴ Tsuru (1993).

¹⁵ FMI (2007 y 2009).

¹⁶ Banco Mundial (2009).



Buena parte de ese rápido desarrollo chino se debe a un modelo de crecimiento muy volcado hacia la exportación, lo que ha convertido al país en el segundo exportador del mundo de bienes, con un 9% de la cuota mundial y con un mercado, el norteamericano, que absorbe el 27% de su exportación total¹⁷. Por tanto, la recesión que acosa a buena parte de las economías OCDE, empezando por la de Norteamérica, recorta sus posibilidades de crecimiento, dado que, por la razón ya expuesta, y frente a lo preconizado por algunas corrientes de opinión, China no ha podido desvincularse del ciclo bajista de los grandes países industrializados. De ahí que el crecimiento previsto para el año en curso sea del 6,5%, una tasa envidiable para cualquiera de los países desarrollados pero tres puntos por debajo de la alcanzada en su historia reciente¹⁸.

La veloz expansión económica del este de China, y en el medio urbano, no debe hacer olvidar a nadie, y sobre todo a las autoridades chinas, que la desigualdad económica es patente: la renta por persona y año en Shangai es hoy doce veces mayor que la de la provincia de Guizhon, zona rural del Oeste del país¹⁹. Singularidad que se compadece mal con un sistema y un partido que han apostado por el crecimiento pero que no pueden desentenderse de sus raíces ideológicas y de su lucha por la igualdad. Hasta el momento, y de acuerdo con las ideas de Den Xiaoping, el crecimiento acelerado ha ocultado las tensiones sociales generadas por la contraposición extrema riqueza» extrema pobreza pero esas tensiones terminarán por aflorar con fuerza y obligarán a efectuar correcciones de rumbo que, muy probablemente, frenarán el ritmo de crecimiento aún después de que la crisis mundial haya sido superada.

Con ritmos de crecimiento también muy elevados en los últimos años –del 2004 al 2008 el ritmo medio de crecimiento real fue del 8,8%²⁰– India se ha convertido en el duodécimo país del mundo por tamaño de su economía, con notable especialización en el sector servicios y en todo lo referente a las tecnologías de la información. Ha contado, para ello, con una abundante mano de obra que habla inglés y con una creciente capacidad tecnológica que se concentra en la región de Bangalore. Tanto es así que India es el destino preferido para la deslocalización de servicios, especialmente de servicios de empresas: para una empresa norteamericana o de la Unión Europea resulta mucho más barato mejorar sus programas informáticos enviándolos a una empresa especializada de Bangalore que recurrir a una empresa nacional.

También la economía ha visto apagarse, en 2009, su ritmo de crecimiento, a consecuencia de la crisis mundial y, superada ésta, también hay que suponer que su futuro no será tan brillante como su pasado inmediato porque deberá hacer frente a problemas de gran calado.

El primero de ellos es la pobreza generalizada. Más del 80% de su población, según cálculos del Banco Mundial vive en la pobreza y en la extrema pobreza. Situación que, sin duda, condicionará las políticas económicas de los años venideros y obligará a colocar, en situación preferente, las políticas redistributivas.

¹⁷ OMC (2008).

¹⁸ FMI (2009b).

¹⁹ Hutton (2008).

²⁰ FMI (2009c).

India es, todavía, un país de castas, un segundo problema que también afectará a su ritmo de crecimiento futuro. Aproximadamente la mitad de la población pertenece a las castas inferiores²¹. Las castas constituyen, por tradición histórica, segmentos diferenciados de la sociedad, con atribuciones distintas, con separaciones prescritas y con imposibilidad teórica de mezcla; en especial, la casta inferior, los intocables, los que en épocas pretéritas debían anunciar su proximidad golpeando dos trozos de madera, de forma que otras gentes, no pertenecientes a esa casta, pudieran evitar su cercanía. Esa complejidad, la de las castas, ya ha dado lugar a políticas varias de discriminación activa en el terreno del empleo público, de forma que ciertos puestos de trabajo queden asignados a determinadas castas pero no resulta difícil aventurar que la generación de capital humano, en una economía que se especializa en los diversos campos de la alta tecnología, se adecua muy mal a esa segmentación, lo que, tarde o temprano, afectará a los ritmos de crecimiento.

Finalmente, la complejidad burocrática, en un país que, hacia mediados de siglo, será el país más poblado del mundo, con más de 1.600 millones de habitantes, puede constituir un freno nada desdeñable para lograr, en el futuro, ritmos de crecimiento comparables a los alcanzados en los últimos años. Lo que ha hecho decir, a algunos analistas, que la economía india se parece bastante más a un elefante que a un tigre²².

En ambos casos, China e India, se aprecia una clara expansión exterior de sus economías. A través de su fondo de inversión soberano, China ha entrado en Morgan Stanley y en el grupo Blackstone –la crisis actual ha allanado el camino, pese a las reticencias que el fondo suscita al no saberse muy bien cuáles son los propósitos del gobierno chino– y su empresa Lenovo ha adquirido la división de ordenadores portátiles de IBM. Las empresas indias, desconocidas en los países occidentales hasta hace pocos años, han pasado a tener presencia internacional y nombre como Tata (vehículos), Mittal (acero) o Reliance (energía) figuran, actualmente, en los *Gotha* internacionales de grandes empresas.

En 2008, un muy conocido informe de prospectiva²³ manifestaba que, en 2050, China sería la mayor economía del mundo, un 29% superior a la norteamericana, Norteamérica se situaría en segundo lugar, India sería la tercera economía y Japón habría descendido muchos puestos en el escalafón y resultaría ser, por tamaño, sólo el 15% de la economía china²⁴. La proyección se basaba, como todas, en calcular ritmos de crecimiento que tenían en cuenta la experiencia reciente, proyección que otorgaba un papel dominante a la zona asiática que pasaba a ser el primer referente de la economía mundial.

²¹ Luce (2008).

²² *The Economist*, 13-19 de diciembre de 2008.

²³ PricewaterhouseCoopers (2008).

²⁴ *Ídem*, Cuadro A.



Es posible que, dentro de 40 años, tanto China como India hayan aumentado considerablemente su tamaño real pero los obstáculos mencionados anteriormente harán sentir su peso y limitarán su ritmo de crecimiento; y también es posible que Estados Unidos, cuya capacidad tecnológica es indudable y cuyos mercados flexibles permiten adaptaciones mucho más rápidas a las necesidades de un mundo cambiante, siga siendo la primera economía del mundo. Lo que sí parece razonablemente cierto es que la suma de las economías de China, India, Japón y Corea representen alrededor de un 30% del producto mundial, lo que las convertiría en uno de los grandes polos de la actividad económica y situaría a la zona asiática a la par con Estados Unidos y Canadá, de un lado, y con la Unión Europea de 27 países del otro. Un mundo económico tripolar, en suma.

5. La lucha por la energía

Afirmar que la energía constituye un factor productivo de extraordinaria importancia no es decir nada nuevo: con energía abundante, en términos físicos y económicos, casi todo es posible; con energía escasa, también en los dos sentidos, casi nada es posible. Y, a menos que los avances tecnológicos, puedan encontrar nuevas fuentes de energía abundante, el panorama futuro no resulta alentador.

Según datos de la Agencia Internacional de la Energía, de 2006 a 2030 la demanda de energía primaria aumentará un 45% y será la zona asiática la que registrará el incremento mayor: un 96% con respecto al año base²⁵. Ocurre sin embargo que, aún en esa fecha futura, el petróleo supondrá el 34% del balance energético y el gas el 20%. Es decir, la base energética mundial seguirá descansando en dos combustibles cuya oferta no se rige por las reglas del mercado: uno, el petróleo, porque está sometido a las reglas de un cártel y el otro, el gas, porque sigue idéntico camino.

Es de dominio público que el cártel de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) impone su ley en el mercado mundial de petróleo. Se trata de una organización que nació en 1960, para defender los intereses de los países miembros –con ligeras variantes, el núcleo de la misma lo constituyen los países árabes productores de petróleo más Ecuador, Venezuela, Irán, Angola y Nigeria– pero que no hizo sentir su influencia hasta 1973 cuando, con ocasión de la cuarta guerra árabe-israelí, decretó un embargo de petróleo e inició la escalada de precios. Desde entonces, y con altibajos generados por diferencias de criterio entre sus miembros, los precios del hidrocarburo han venido condicionados por las decisiones de la Organización dado que, aún ahora, produce el 45% del total mundial²⁶. Su sistema de cuotas permite, por tanto, influir sobre la oferta y, por tanto, sobre los precios. Recuérdese que, en

²⁵ AIE (2008a).

²⁶ British Petroleum (2008).

julio de 2008, los precios del barril de petróleo alcanzaron los 147 dólares y que, en estos momentos –mediados de 2009 y en medio de una recesión generalizada– los precios siguen cercanos a los 70 dólares barril.

El poder de los países productores de petróleo –OPEP y algunos otros más, entre los que destaca Rusia– se ha acrecentado en los últimos años porque el mercado del petróleo y del gas ya no está en manos de las grandes compañías internacionales, de nombres como Exxon o British Petroleum, sino de compañías nacionales, de nombres también conocidos como Saudí Aramco (Arabia Saudita), PDVSA (Venezuela), NIOC (Irán) o GAZPROM (Rusia). Al parecer, las compañías multinacionales producen, aproximadamente, el 10% del petróleo y del gas y poseen el 3% de las reservas mundiales, al tiempo que las compañías nacionales cuentan con un tercio de la producción de petróleo y gas y un tercio de las reservas conocidas²⁷. ¿Cuál es el efecto de esa nueva configuración de los mercados de petróleo y gas? Las compañías multinacionales atienden a su cuenta de resultados e invierten parte de sus beneficios en nuevas exploraciones; las nacionales tienen muy en cuenta los intereses políticos de los gobiernos respectivos y tienden a invertir menos en exploración.

Aunque los precios del gas siguen las tendencias de los del petróleo, hasta ahora ninguna organización de productores se había ocupado de regular el mercado. Hasta que, en Teherán y en 2001, surgiera la idea de dar vida a una organización de países productores de gas, organización que ha tomado carta de naturaleza en la reunión de Moscú de finales del 2008 con el nombre de Foro de Países Exportadores de Gas.

Los miembros del Foro son casi los mismos que los miembros de la OPEP, más Rusia, país que ha sido determinante en su proceso de creación. Por supuesto el Foro no se cansa de repetir que su intención fundamental es lograr una cooperación estrecha entre productores y consumidores que pueda redundar en beneficio de todos; lo cual lleva a pensar que, en realidad, lo que se pretende es cartelizar también ese mercado. Objetivo más difícil que la cartelización del petróleo, entre otras razones porque las bolsas de gas están mejor distribuidas que las del petróleo; pero objetivo que, de lograrse, daría a los miembros de la OPEP y del Foro –más o menos los mismos– un dominio abrumador sobre los mercados energéticos.

Dominio abrumador que se traduciría en elevaciones de precios frecuentes, dificultades de abastecimiento generadas por tensiones políticas y, por empeoramiento de la relación real de intercambio, transferencias continuas de renta desde los países consumidores a los productores.

Para soslayar el problema sólo existen dos caminos: diversificar la oferta energética y, del lado del consumo, impulsar el ahorro energético.

²⁷ Hoyos (2007).

Con respecto al primero de los caminos, la pregunta que hay que hacerse es si las energías renovables (hidráulica, biomasa, eólica y solar, por el momento) pueden reducir, a medio y largo plazo, la dependencia del petróleo y del gas de forma tal que las elasticidades de demanda de esos dos combustibles se reduzcan y hagan disminuir el poder de mercado de los países productores. La Agencia Internacional de la Energía no parece pensar de esa forma porque estima que, en 2030, las energías renovables sólo significarán un 14% de la oferta mundial de energía primaria, con un aumento de 2 puntos sobre la proporción del 2006; y, lo que es peor, entiende que los aumentos de petróleo y gas deberán proceder de los países de la OPEP²⁸.

De no confiar en las renovables, la solución no puede ser otra que aumentar, sustancialmente, la oferta de energía nuclear, uno de los temas polémicos por excelencia puesto que son muchos los detractores y muchos los defensores, a lo largo y ancho de la geografía mundial. Los detractores aducen toda una serie de razones para prescindir de ese tipo de energía: sólo se produce electricidad y es una energía rodeada de peligros. Los reactores pueden sufrir alteraciones y verter a la atmósfera elementos deletéreos, tal y como ocurrió en Harrisburg (EEUU) en 1979 y muy especialmente en Chernobyl (antigua Unión Soviética). Aunque en el primero de los casos nada ocurrió porque la vasija protectora y las paredes de hormigón del edificio impidieron el escape de la radiación; al contrario de lo que ocurrió en Chernobyl, de cuyas consecuencias trágicas nadie se ha olvidado. Los residuos radiactivos plantean problemas graves de almacenamiento y, por ende, ¿quién puede asegurar que no se dará, en algún momento, un ataque terrorista contra una central nuclear, ataque planeado para desencadenar efectos catastróficos?

Los pronucleares alegan, por su parte, que la electricidad de origen nuclear es más barata que la que emana de otras fuentes de energía, que se trata de una energía no contaminante y que los graves temores que rodean a las centrales nucleares tienen, en la actualidad, escaso fundamento: las centrales son mucho más seguras de lo que fueron las iniciales y están construidas con tal cúmulo de protecciones que un ataque terrorista no tendría consecuencias en lo que a la radiación se refiere.

La polémica no cesa y, probablemente, no cese nunca. Pero lo que sí es cierto es que el número de centrales aumenta, por lo menos en el área OCDE, con el claro objetivo de reducir la dependencia del petróleo y del gas.

Tema distinto, y no polémico, es el del ahorro energético. Las cifras demuestran que la eficacia energética –el consumo de energía por unidad producida– varía mucho de unos a otros países. Por ejemplo, la Federación de Estados Independientes consume tres veces más, por unidad, que la Unión Europea²⁹. Por lo general, el consumo de energía es mayor en los países emergentes y menor en los industrializados pero, en todo caso, ése es un punto en el que la

²⁸ AIE (2008b).

²⁹ World Energy Council (2006).

técnica tiene mucho que decir y al que deben prestar especial atención las políticas energéticas de los más diferentes países. En el año 2006, la Unión Europea resumió, en un folleto, los ahorros energéticos que podrían conseguirse de aplicarse las medidas propuestas por la Comisión Europea³⁰. Los ahorros que se conseguiría, en 2020, por aplicación del haz de medidas, no resultan nada desdeñables puesto que en vivienda residencial se ahorraría un 27%, en edificios comerciales un 30%, en transporte un 26% y en la industria manufacturera un 25%. Es posible que las medidas no se apliquen en su totalidad y que el resultado final sea distinto al proyectado pero los gobiernos y las comunidades varias no deben olvidar que el ahorro energético es una parte importante, muy importante, de la política energética.

6. Los flujos migratorios

Según la Organización Internacional para las Migraciones, en 2007 se contabilizaban 200 millones de emigrantes en el mundo, dos y media veces más que en 1965, y de 20 a 30 millones de emigrantes ilegales³¹. Por lo general tales flujos se originan en países de escaso desarrollo y se encaminan a las zonas desarrolladas del mundo, en especial hacia América del Norte y Europa Occidental; lo cual no tiene nada de extraño porque el primer objetivo del emigrante es encontrar trabajo al tiempo que en las áreas desarrolladas escasean las personas que desean trabajar en empleos de escasa cualificación como la construcción, la hostelería o los servicios domésticos. A lo que hay que añadir que la red de protección social que existe en las áreas desarrolladas se convierte, también, en un estímulo de primer orden para muchas personas.

300

Desde el punto de vista económico, la emigración ofrece, para el país de origen, para el de destino y para el propio emigrante, beneficios claros. Para el primero porque, además de aliviar su tasa de desempleo, las remesas de emigrantes constituyen recursos de notable importancia: en 2007, tales remesas supusieron 337.000 millones de dólares, de los cuales 251.000 se canalizaron hacia países en desarrollo³². Para el país de destino porque aumenta la fuerza laboral y, además, cubre puestos de trabajo poco atractivos para el trabajador local. Para el emigrante porque encuentra empleo y porque, con el tiempo, podrá mejorar su suerte y reunir a su familia, haciendo uso de la norma de reunificación familiar.

Desde el punto de vista social existe un problema de difícil solución, en muchos casos: la integración del emigrante, su incorporación a las normas y usos de la sociedad de acogida. Esa integración resultará más fácil para el emigrante cualificado porque su trabajo será el principal factor de integración; y bastante más difícil para el emigrante sin especial cualificación, es decir para la mayoría, mayoría que, por lo general, se incorporará a los círculos de emigrantes de su propia nacionalidad de origen. Pero, sobre todo, la posibilidad de integración dependerá, en gran

³⁰ Comisión Europea (2006).

³¹ Organización Internacional para las Migraciones (OIM) (2008).

³² OIM (2008).



medida, de la distancia existente entre la cultura de la que procede y la cultura a la que, en principio, se incorpora. Cuanto más próximas las culturas, más fácil resultará la integración; cuanto más dispares, más difícil será conseguirla. Y la experiencia demuestra que la dificultad mayor suele darse en los inmigrantes de religión musulmana que viven y trabajan en el mundo occidental desarrollado, una dificultad que se extrema en todo aquello que hace referencia al papel que desempeña la mujer en uno y otro mundo. En el mundo occidental mujeres y hombres gozan de los mismos derechos y, por tanto, las mujeres trabajan, conducen coches, se visten según sus preferencias y se casan, o conviven simplemente, con quien les place. Puesto que, en gran parte de los países musulmanes, las mujeres están sometidas a códigos distintos –en algunos países no pueden conducir vehículos, en general los matrimonios se deciden entre las familias, con o sin la aquiescencia de la novia, sus ropas, en el mejor de los casos, no deben ser sugerentes y se obliga al uso del *chador* o, en el peor de los casos, del *burka*– la integración suele ser imposible. Todos esos usos, y en especial los más visibles, como la ropa, son entendidos en occidente como símbolos degradantes para la mujer y, por tanto, difícilmente aceptables.

Pero hay también que hacer referencia a los problemas políticos que la emigración plantea, en especial en momentos recesivos como el actual, con desempleo creciente. Puesto que la pérdida del empleo suele afectar más duramente a los trabajos que exigen menos cualificación, el trabajador nacional que ha perdido su empleo puede considerar que sus posibilidades de encontrar un nuevo trabajo son escasas porque los puestos están ocupados por emigrantes. Y, con notable frecuencia, esa situación deriva en el reforzamiento de los partidos que preconizan la expulsión de los emigrantes o, en todo caso, la no admisión de ninguno más. Y todo ello sin tomar en cuenta la emigración ilegal, la que suele vivir de la mendicidad o de las actividades claramente ilícitas.

7. El envejecimiento generalizado de la población mundial

Con alguna excepción, la India es la más conspicua, la población mundial está envejeciendo: cada vez hay menos jóvenes y cada vez hay más viejos.

Las razones de ese envejecimiento son claras. La fertilidad se ha reducido en casi todas partes, pasando de 4,3 hijos por mujer en los años setenta del pasado siglo a los 2,5 de la actualidad, en términos medios, y, en el mundo desarrollado, a 1,6 hijos por mujer. Por supuesto, existen diferencias de unas a otras regiones puesto que, en la zona asiática, Japón, Corea del Sur y Taiwán sufren ya de un agudo envejecimiento, al igual que ocurre con Alemania, Italia y España en la Unión Europea³³. Aunque no existe una única causa, la razón fundamental de esa caída de las tasas de fertilidad es, sin duda, el papel que, actualmente, desempeña la mujer en los países desarrollados y en buena parte de los emergentes. No hace muchos años, el destino

³³ Naciones Unidas (2009).

fundamental de la mujer era casarse y procrear; es más, de no conseguirlo se entendía que no había cumplido con su misión. Desde hace unas décadas, y en especial en el mundo occidental, la mujer estudia y trabaja y cuando se casa –no todas son partidarias del matrimonio– lo hace a edades muchos más tardías, con lo cual sus años fértiles se reducen; a lo que hay que añadir que los métodos anticonceptivos modernos permiten a las parejas elegir el número de hijos.

En clara contraposición, la esperanza de vida se alarga continuamente, en especial la del mundo desarrollado que, en la actualidad, es de 73,6 años para los hombres y 80,5 para las mujeres pero que, hacia mediados del presente siglo, será de 79,9 y 85,6 años respectivamente³⁴. Nos encaminamos, por tanto, hacia un mundo de ancianos –recuérdese que la esperanza de vida es un valor medio– y, especialmente, de ancianas.

¿Qué es lo que ha producido ese alargamiento de la vida? Las razones pueden ser varias –no hay que olvidar que la técnica moderna ha reducido muchísimo el número de tareas penosas y que el sector terciario, el de servicios, es el predominante en las economías desarrolladas–, pero hay dos que claramente destacan sobre las demás: los cuidados sanitarios y la medicina moderna. Las pandemias –y, al parecer, sufrimos ahora un tipo de gripe de índole pandémica– no revisten la peligrosidad de antaño y muchas de las enfermedades consideradas mortales, hasta hace poco, han dejado de serlo. Todo lo cual permite no sólo que vivamos más sino que vivamos mejor porque las facultades físicas y mentales se mantienen durante más tiempo.

Ahora bien, lo que podemos considerar datos, desde el punto de vista demográfico, se transforman en problemas desde el ángulo económico y problemas de gran calado en el mundo desarrollado.

Entendemos por tasa de dependencia la relación que existe entre la suma de población de menos de 15 años y más de 65 y la población de 15 a 65 años. En suma, entre la población teóricamente pasiva y la población teóricamente activa. Esa tasa de dependencia tiende a aumentar en todo el mundo pero la situación se agrava en el área más desarrollada, el bloque OCDE, porque se calcula que pasará del 47% en 2007 al 71% en 2050³⁵.

Ese aumento de la tasa de dependencia significa, en primer lugar, que el segmento de población en edad laboral se irá reduciendo –seguimos hablando de los países OCDE aunque el resto del mundo siga el mismo camino aunque a paso más lento–, lo que reducirá la cantidad disponible del factor trabajo y tenderá a recortar el ritmo de crecimiento de muchos países, a menos que se consigan aumentos veloces de la productividad.

Pero, en segundo lugar, significa que las redes de protección social –la cobertura de riesgos sociales que caracteriza a los países desarrollados: enfermedad, muerte, vejez...– se pone en peligro porque la mayoría de esas redes son públicas y se basan en el sistema de

³⁴ Naciones Unidas (2009).

³⁵ Naciones Unidas (2008).



reparto: los que hoy trabajan financian a los que hoy todavía no trabajan o ya han dejado de trabajar. Por tanto si, hacia el futuro, son cada vez menos los que financian y cada vez más los que perciben, el panorama se ensombrece hasta límites insospechados y ese ensombrecimiento resulta especialmente inquietante en el terreno de las pensiones y jubilaciones que resultan, en última instancia, de un pacto intergeneracional. Un problema al que se le prestaba escasa atención hasta que el Banco Mundial hizo sonar las alarmas en 1994³⁶. Pero un problema de tal magnitud, económica y política, que exige medidas tempranas en casi todos los países si se quiere evitar que, en pocos años, los Sistemas de Seguridad Social se derrumben.

8. Breve recapitulación

Como ya se ha señalado al comienzo de este trabajo, aventurar lo que pueda ocurrirle a la economía mundial a largo plazo supondrá, siempre, una apuesta délfica y ya se sabe que los oráculos suelen equivocarse. Imaginemos, por ejemplo, que, de la actual crisis, surgen economías de mercado trufadas de intervenciones públicas; nos moveríamos, por tanto, en un mundo de ineficacias asignativas y de lentos crecimientos. Imaginemos, por otro lado, que la técnica ha logrado encontrar fuentes de energía abundantes y no contaminantes; nos moveríamos en un mundo distinto, en el que las capacidades tecnológicas, y no los recursos energéticos, marcarían las diferencias entre países avanzados y retrasados. E imaginemos, en fin, que ninguna de esas dos hipótesis se confirma. En ese caso, lo que sí puede anticiparse es que iremos encontrando una economía mundial en la que se repetirán las tensiones energéticas y en la que los problemas migratorios y el envejecimiento de las poblaciones seguirán en el primer plano de los problemas políticos. Porque la escasez de recursos energéticos, en un mundo cada vez más poblado, el ansia por emigrar hacia los países más ricos y el envejecimiento de las poblaciones son tendencias difícilmente reversibles.

9. Bibliografía

- AIE (2008a): *World Energy Outlook*.
- AIE (2008b): *World Energy Outlook. Executive Summary*.
- BANCO MUNDIAL (1994): *Averting the Old Age Crisis. Policies to Protect the Old and Promote Growth*. Oxford University Press.
- BANCO MUNDIAL (2009): *World Development Indicators* (revisión de abril disponible *on line*).
- BHAGWATTI, J. (1996): «Trade and Wages. A Malign Relationship?»; en *Imports, Exports and the American Worker*. Brookings Institution Press.

³⁶ Banco Mundial (1994).

- BRITISH PETROLEUM (2008): Datos de producción *on-line*.
- COMISIÓN EUROPEA (2006): *Perspectiva 2020: ahorrar nuestra energía*.
- FMI (2007 y 2008): *World Economic Outlook* (octubre).
- FMI (2009a): *World Economic Outlook* (abril).
- FMI (2009b): *Country Report* (junio).
- FMI (2009c): *Regional Economic Outlook. Asia and Pacific* (mayo).
- G-20 (2009): *The Global Plan for Recovery and Reform* (8/6). Disponible *on line*.
- HOYOS, C. (2007): «The New Seven Sisters: Oil and Gas Giants Dwarf Western Rivals»; en *Financial Times* (11/3).
- HUTTON, W. (2008): *The Writing in the Wall. China and the West in the 21st. Century*. Abacus.
- KALDOR, N. (1957): «A Model of Economic Growth»; en *Economic Journal*, 57.
- KURZWEIL, R. (2001): *The Law of Accelerating Returns*. Disponible *on line*.
- LIPSKY, J. (2009): «Interview»; en *IMF Survey Magazine* (4/6). Disponible *on line*.
- LUCE, E. (2008): *In Spite of the Gods. The Rise of Modern India*. Anchor Books.
- LUCAS, R. (2003): *Technology and The New Economy*. The MIT Press.
- MARTÍNEZ, J. (2009): «Crisis financiera internacional y sistema económico»; en *Boletín ICE* (2.965).
- MARX, K. (1998): *Manuscritos económicos y filosóficos*. Agapea. Ed. or.: 1844.
- MILL, J. S. (1970): *Principles of Political Economy*. Pelican. Ed. or.: 1848.
- MINCER, J. (1958): «Investment in Human Capital and Personal Income Distribution»; en *The Journal of Political Economy* (66).
- NACIONES UNIDAS (2007): *World Population Ageing*.
- NACIONES UNIDAS (2009): *World Population Prospects. The 2008 Revision*.
- OCDE (2009): *News Release* (8/6). Disponible *on line*.
- OMC (2008): *World Trade Report 2008*.
- ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES (2008): *Informe 2008*.



- PRICEWATERHOUSECOOPERS (2008): *The World in 2050. Beyond the BRIC'S: a broader look at emerging markets growth prospects*. Disponible on line.
- REICH, R. (2007): *Supercapitalism*.
- RICARDO, D. (2004): *Principles of Political Economy and Taxation*. Dover Value. Ed. or.: 1817.
- SCHUMPETER, J. (1934): *The Theory of Economic Development*. Harvard University Press.
- SOLOW, R. (1957): «Technical Change and the Aggregate Production Function»; en *Review of Economic and Statistics* (39).
- STIGLITZ, J. (2009): «Wall Street's Toxic Message» (julio).
- THE ECONOMIST (2008): «An elephant, not a tiger»; en *The Economist* (13-19).
- THE ECONOMIST (2009): «The Big Sweat»; en *The Economist* (13-19).
- TSURU, S. (1993): *Japan's Capitalism. Creative Defeat and Beyond*. Cambridge University Press.
- WORLD ENERGY COUNCIL (2006): *Energy Efficiency Policies around the World*. Disponible on line.